

¿QUÉ EXPLICA EL DESEMPEÑO ELECTORAL DE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA?

Farid Kahhat

Profesor del Departamento de Ciencias Sociales PUCP

¿Por qué en los países de América Latina hay cada vez más ciudadanos dispuestos a votar por fuerzas políticas que se proclaman de izquierda? Si nos atenemos a las encuestas que el Latinobarómetro realiza regularmente en 18 países de la región, no se trata de una opción basada en las preferencias ideológicas de los electores. Según esa fuente, el votante medio en América Latina se ubica a sí mismo entre el centro y la centroderecha. Más aún, las personas que se confiesan de derecha superan en número a aquellas que se consideran de izquierda. En el caso del Perú, una encuesta realizada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) a nivel nacional, basada en una muestra compuesta por 11.000 ciudadanos, revela que 59% de los encuestados o bien se niegan a responder a la pregunta sobre su filiación ideológica o bien no saben cómo hacerlo. A su vez, los peruanos que se declaran de izquierda representan sólo a un 6,9% de la población.

El Latinobarómetro también permite constatar que el desempeño electoral de candidatos como Rafael Correa, Evo Morales u Ollanta Humala le debe relativamente poco al espaldarazo de Hugo Chávez, dado que solo un 30% de los ecuatorianos, un 25% de los bolivianos y un 13% de los peruanos encuestados tenían una imagen positiva del presidente venezolano —es cierto que, en lo esencial, las encuestas del Latinobarómetro son de carácter urbano, pero no hay razón aparente para suponer que una encuesta en el ámbito rural hubiera dado un resultado diferente—. La imagen de Hugo Chávez se explica por un factor ajeno a las simpatías políticas de los encuestados, y es el hecho de que incluso ciudadanos que se identifican con la izquierda tendieron a desaprobar la injerencia de un presidente extranjero en el proceso político de su país.

A juzgar por el reporte de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) “Panorama social de América Latina, 2006”, el voto por la izquierda tampoco se explicaría por un incremento de la pobreza o de la desigualdad en la distribución del ingreso. Aunque a tasas modestas, la pobreza en la región ha disminuido a lo largo de la presente década, y el coeficiente de Gini de países de la magnitud de Brasil o México ha

disminuido, al igual que el promedio regional. Es cierto que se trata de una disminución marginal en una región en la que todos los países que la integran son más desiguales que el promedio mundial, pero el punto aquí es que la presunción de que las desigualdades vienen creciendo en América Latina no tendría asidero en la evidencia disponible.

A todo lo cual habría que añadir, en el caso del Perú, que los indicadores macroeconómicos, en lo que va de la presente década, probablemente sean los mejores desde que existen cuentas nacionales. Y sin embargo, en el Latinobarómetro de 2006 la proporción de peruanos que consideraba que la situación económica del país era “buena” o “muy buena” representaba solo un 7% del total, lo que ubicaba al Perú en el decimosexto lugar entre los 18 países en los que se realizó la encuesta. Probablemente, esto se explique por el hecho de que, según la misma fuente, solo un 14% de encuestados en el Perú calificaban su situación económica como “buena” o “muy buena” —menos de la mitad del promedio regional, que era de 30%—.

¿Cuál sería, entonces, la explicación de las tendencias electorales regionales, dadas esas circunstancias? Un reciente hallazgo de quien fuera economista jefe del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Ricardo Hausmann, sugiere una respuesta. Según él, cuando los términos de intercambio favorecen a los países que exportan materias primas, el votante medio de la región prefiere opciones de política nacionalistas (verbigracia, intervencionistas). Por otro lado, cuando la economía entra en recesión, el votante medio prefiere políticas de estabilización. Una interpretación posible de ese hallazgo es que el statu quo resulta más tolerable cuando la economía del país en su conjunto va mal.

Pero cuando el discurso oficial remarca en forma cotidiana las bondades de nuestro desempeño económico sobre la base de la exportación de recursos primarios que, a fin de cuentas, pertenecen a todos los peruanos, el votante medio tiende a exigir que el Estado intervenga para redistribuir los frutos de la bonanza. O, en términos del secretario general de la Organización de

Estados Americanos (OEA), José Miguel Insulza, cuando una economía crece en forma sostenida a un 7% sin que ello tenga un efecto discernible en la calidad de vida de sectores relativamente amplios de la población, estos comenzarán a preguntarse quién se está quedando con su parte de ese 7%, y exigirán al gobierno desfacere el entuerto.

Esa explicación se vuelve particularmente verosímil en nuestro caso cuando contrastamos dos mapas del Perú. El primero, confeccionado por Roberto Abusada, del Instituto Peruano de Economía (IPE), pone de relieve aquellas regiones que obtuvieron beneficios del sistema de preferencias arancelarias conocido como ATPDEA (por sus siglas en inglés): salvo por Junín, se trata en forma invariable de regiones que poseen una franja costeña –se trata, por añadidura, de algunas de las regiones con mayores ingresos a nivel nacional–.

Ahora bien, si comparamos ese mapa con otro que pone de relieve aquellas regiones en las que ganó Ollanta Humala en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, resulta evidente una tendencia significativa: en las regiones que obtuvieron beneficios del ATPDEA, la mayoría de los ciudadanos tendió a votar por Alan García, mientras que en las regiones que no obtuvieron beneficios del ATPDEA –lo que comprende, en forma invariable, a las regiones más pobres del país–, la mayoría de los ciudadanos tendió a votar por Ollanta Humala. Lo dicho no implica que las tendencias electorales descritas se expliquen únicamente por circunstancias económicas, pero sí sugiere que existe una racionalidad económica básica en el voto por Humala –frente a quienes, apelando al racismo proverbial de buena parte de las clases altas en nuestro país, emplearon expresiones como “electarado” para referirse a las personas que votaron por el candidato del Partido Nacionalista–. ■

LA V CUMBRE DE LA IGLESIA CATÓLICA EN AMÉRICA LATINA

Catalina Romero

Coordinadora del Seminario Interdisciplinario de Estudios Religiosos y profesora del Departamento de Ciencias Sociales PUCP

En el mes de mayo, la Iglesia Católica de América Latina celebró una especie de “cumbre” en la pequeña ciudad formada alrededor del santuario de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida en Brasil. En ella participaron todos los presidentes de las asambleas episcopales de los países de América Latina y el Caribe, todos los cardenales y los obispos elegidos por sus pares en cada país –en proporción al número de ellos que existe en cada nación–. También participaron religiosos, laicos, miembros de movimientos religiosos y otros invitados, hombres y mujeres. En total, fueron 266 los asistentes a la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano (CELAM), de los cuales 162 eran miembros con voz y voto, 81 invitados, 8 observadores y 15 peritos (véase www.celam.org).

Poco se sabe de estas conferencias fuera del ámbito eclesial, y muchas veces solo los católicos informados reciben noticias de lo que sucede en ellas. Se trata de la V Conferencia de Obispos Latinoamericanos, después de las de Río de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992). Cada una tiene su

historia y en cada una se ha producido un documento que, luego de ser aprobado por el Papa, ha dado un marco común para el trabajo de la Iglesia en América Latina.

Por esto es importante ubicar en el contexto actual de la Iglesia Latinoamericana la V CELAM que se acaba de desarrollar. Para nadie en el Perú es una novedad que existe una tensión interna en la Iglesia por las diferentes orientaciones que se tiene en la jerarquía católica respecto al trabajo pastoral y a problemas de índole social sobre los cuales se emiten opiniones a veces discrepantes. Esta pluralidad de posiciones es propia de una institución compleja como lo es la Iglesia Católica, y existen tradiciones, reglas de juego y normas canónicas para manejar los conflictos internos y muchas veces resolverlos logrando consensos o hegemonías. Se trata de una sociedad transnacional, formada por iglesias particulares o sociedades locales, que forman parte de una unidad verdaderamente global. La V CELAM ha sido una ocasión para un encuentro transnacional, de grandes dimensiones e importantes acuerdos.